

Tamunangue. ¿El ser latinoamericano?

El presente trabajo recoge extractos, relativos al Tamunangue, presentes en la obra del maestro José Manuel Briceño Guerrero, quien postula con belleza y originalidad al Tamunangue, como la expresión artística y colectiva de nuestro país que mejor expresa la condición humana y de forma análoga la posibilidad de una apertura en nosotros, para un derribo de nuestras barreras ilusorias que nos separan del otro; sobre todo aquella que ha construido la razón segunda con su prepotente actitud de superioridad. Lo anterior explica la dimensión individual.

En lo colectivo, la comprensión de lo expuesto por el maestro, abre una ventana de esperanza para una aceptación de lo que somos como pueblo y la posibilidad de un concierto, de una armonía entre los discursos contradictorios que nos conforman y que han estado en pugna sin posibilidad de una síntesis.

Citas del maestro

1. “Vi por primera vez el tamunangue en Mérida, presentado por la dirección de cultura de la Universidad en el teatro César Rengifo. Quedé impresionado. Me pareció un retrato de la condición humana en todos sus aspectos. Incluía un arte marcial distinta de las orientales. (El arte parece masculino en singular y femenino en plural, o será que se dice el arte como el águila para evitar cacofonía). Un gran mito autóctono.
Quedé impresionado. Tan pronto como pude fui a Quíbor y entrevisté al hombre que organizaba las presentaciones. Me oyó atentamente y me dijo: ¿Ud. quiere ver el tamunangue de verdad o a como le guste? Dije que de verdad y que no entendía “a como le guste”. Es que últimamente viene gente de la radio, del cine, de la cultura y cuando graban, retratan, iluminan, filman, le dicen a uno como debe ponerse, vestirse, en qué puntos cantar más duro, cuándo mirar las cámaras. De tal manera que para cantarlo tranquilo nos vamos para el monte y ese es el tamunangue de verdad. Me decidí por el de verdad y un estudiante llamado Cécil Álvarez me llevó a un caserío en un monte, lejos de las carreteras donde, a media noche con luz de lámparas de kerosén y unos músicos maravillosos, bailaron mientras los niños, unos se metían como si supieran, otros se dormían en las piernas de la mamá sentada sobre piedra. Llegamos tarde. Vi todo a media luz, pero oí como nunca había oído.
Si en la Universidad quedé impresionado, aquí quedé embelesado y enamorado. Increíble la lucha ¿cómo era posible que no se mataran a garrotazo limpio? Ni se tocaban siquiera. Al amanecer entrevisté a uno de los bailarines sobre la lucha. Me dijo que sabía poco pero que su maestro si

era un vergatario, vivía en un campo cerca de Cubiro (las mismas consonantes de Quíbor, quíbor-kubiro).

Las siete partes del tamunangue simbolizan siete aspectos de la vida humana. Pero la lucha en particular, la del baile, representa una lucha que se da en la vida real de esa región, y esa lucha real debe representar a su vez formas de lucha entre los hombres en cualquier nivel.

En esa región donde se da el tamunangue se da una forma de combatir con garrotes tan corriente que todo hombre lleva consigo un garrote. Los golpes de garrote del que sabe tienen efecto codificado: con el garrotazo de seis meses, la persona muere a los seis meses reventado por dentro, no vale médico. Con el garrotazo de tullido, la persona queda paralizada de por vida. Con el garrotazo de manco pierde el brazo izquierdo. Con el de los ojitos queda ciego y desnarizado. Con el del loquito, hay que internarlo en Duaca. Con el de amansar guapo, el guapo no se vuelve a meter con nadie más nunca. Con el de entrepierna, se despide de las mujeres. Con el de campo santo, hay velorio.

Me interesó la guardia. Se llama guardia la manera de llevar el garrote, el estado de alerta para repeler un ataque o para comenzar una pelea. Ejemplos de guardia: tener el garrote sostenido por el brazo izquierdo a la altura de la axila; esa guardia lo mantiene disponible para la mano derecha. Tenerlo con la mano derecha sobre el hombro derecho. Tenerlo con la dos manos a la altura del sexo, cada mano en cada punta del garrote. Si está parado el combatiente, apoyarse sobre él. Si está comiendo, ponerlo al lado del plato o entre las piernas. Sostenerlo por la mitad con la mano derecha. Cada una de esas guardias facilita los movimientos sucesivos en una serie que por lo general es conocida. Algo como las aperturas en el juego de ajedrez. Se cuenta de un garrotista que debía pasar por un pueblo donde era inevitable para el fuereño aceptar combate y eran muy buenos. Los viajeros por lo general hacían un gran desvío para no pasar por ese pueblo. Un garrotista principiante logró pasar poniéndose el garrote en equilibrio sobre la cabeza en el sentido de la marcha, caminando con los pies muy separados y las manos extendidas hacia ambos lados. Nadie lo atacó. Interrogados los habitantes del pueblo sobre ese respeto, cada uno respondía lo mismo: No conozco esa guardia.

Una vez en Mérida, un grupo de kárate que había llegado a todo con su instructor, sensey, invitaron a un maestro japonés para poder aprender algo nuevo. Cuando fueron al aeropuerto a recibirlo, no vino en el avión, los saludó desde atrás. Había llegado a propósito dos días antes, se había instalado en el hotel Chama y había recorrido la ciudad y sus alrededores. Les dio cita en un lugar fuera de la ciudad, escogido por él frente al Albarregas, y les dijo que ya sabían suficiente del primer grado del kárate, tal vez demasiado, y que ahora, para subir de grado, debían descubrir cuál

era el significado en la vida de cada uno de los movimientos aprendidos. Luego se hizo llevar al aeropuerto donde ya tenía reservación, y se fue.

Eso de las artes marciales tiene lo suyo. No se limita a dar patadas en la cara como nos quieren hacer creer las películas de Hollywood.

Yo, por mi parte, fui a ver al vergatario cerca de Cubiro. Me recibió cariñosamente, reconoció que sabía más que la gente de Quibor, pero me informó que él estaba humillado a los pies de un maestro que vivía montaña arriba, y sin su permiso, no podía hablar sobre ese tema.

Fui a ver al maestro. No desamparaba su garrote, igual que su discípulo de Cubiro. Me oyó con respeto y me remitió a su benefactor y guía; sería ridículo que él hablara existiendo su taita de infinita sabiduría y autoridad.

Para ver al taita hacía falta un baquiano. Pero a mí nadie me detiene. Con un baquiano, en mula y a veces a pie al lado de la mula en estrecha trocha, después de tres días, dormíamos en el suelo, avistamos un caserío. El baquiano me mostró de lejos a un anciano que estaba sentado en una piedra al lado del camino. Ese es el taita, me dijo, vaya Ud. solo.

El taita no se levantó ni me respondió el saludo, sobre el suelo a la derecha tenía un garrote de vera. Estaba comiendo chimó. Me presenté haciendo referencia a su discípulo más cercano y a los otros; le expliqué que yo era profesor universitario y escritor, que estaba muy interesado, que deseaba escribir un trabajo académico sobre las técnicas de combate para hacer reconocer su originalidad en el mundo entero, que consideraba el tamunangue como un gran rito representativo de la vida en todos sus aspectos, que le agradecía por anticipado su colaboración, y que la universidad había ya decidido pagarle los honorarios y cualquier otro gasto a que diera lugar la investigación.

Me dejó hablar. Cuando terminé escupió chimó hacia la izquierda como poniendo distancia entre él y yo, se levantó con increíble agilidad sosteniendo su garrote, se alejó dos pasos y me dijo desde debajo de su sombrero de cogollo, firme sobre sus alpargatas: yo conozco esa guardia, y ese garrotico, no sirven para pelear de noche. Se alejó caminando hacia atrás y, antes de volverse para dejarme definitivamente, me dijo como quien da un regalo: el gran combate se da en una oscurana. Me quedé perplejo. Inmóvil hasta que sentí la mano del baquiano en mi brazo: vamonós, jefe; ya el taita habló”.

El Tesaracto y la Tetactris. Pags 66, 67, 68, 69.

2. “El retrato más grande del mundo que se ha hecho en Venezuela es el Tamunangue. Sus siete partes corresponden a los siete lados fundamentales de la condición humana.

Lo que me hace recordar a Skriabin es el tema de la ópera china, comparada con la ópera italiana y la tragedia griega. Quiero decir más: en el campo de esta reflexión pudiera atreverme a llamar ópera al Tamunangue y a “La Paradura del Niño”. Por favor, antes de burlarte de mí, escucha mi exposición. Te cuento que cuando oí por primera vez la ópera china, tuve la impresión de experimentar un cambio de consciencia, como si entrara a otra dimensión. El grito de los cantantes rasgaba en mi alma velos que me mantenían en el temple ordinario y, al rasgarlos, me abría ámbitos de terror, misterio y belleza desconocidos para mí. Pero lo mismo sentí cuando en La Pedregosa oí por primera vez cantar la paradura. En este momento recuerdo, como si fuera hoy, la cara arrugada, la boca con un solo diente del campesino que cantaba “Soy la oveja perdida”. Sentí que algo se rasgaba en mí y me dejaba a la intemperie de lo desconocido. Quien la ha oído y ha participado en todo el ritual sabe que aquello se sale completamente de lo ordinario, la voz parece desafinar pero es el paso a otra afinación. Anda a ver el Tamunangue si no lo conoces y sentirás el umbral de otro mundo, la puerta de una interpretación diferente de todo lo humano.

Para ti me cuento a China . Pag 74

3. Sí. Había estado dividido. No cabía la menor duda. Cotidianamente yo hacía un papel: hombre fríamente lúcido, inaccesible a las ilusiones y pasiones de los hombres vulgares, condescendiente y cortés para evitar ensuciarse las manos en pequeños conflictos, no condicionado a fondo por los patrones culturales, enfrentado al enigma de la existencia sin otra arma que su calmado pensamiento.

Ese papel, hacia afuera, podía verse con buenos ojos; no como hipocresía, ni siquiera como teatro, sino más bien como guardia, para utilizar el término guardia de las artes marciales, como las guardias de la pelea a garrote practicadas por los guerreros asociados religiosamente a la celebración solsticial del tamunangue, es decir como una posición inicial de alerta y de combate que disuade a posibles agresores, facilita la defensa ante el ataque súbito y puede desplegarse en posiciones sucesivas, codificadas de batalla. Guardia incluso justificable: homo homini lupus, al que se descuida se lo comen.

Pero yo me servía de la misma guardia contra mí mismo y mantenía a raya, con ella, en mi propio interior, todo aquello que no calzara con el retrato fabricado.

El retrato no era falso, pero era selectivo y excluyente. Quedaba por fuera una gran cantidad de componentes importantes que yo relegaba si no a la inconsciencia por lo menos a una zona penumbrosa donde podía

desestimarlos, minimizarlos y dejarlos sin examen ¿por qué? mientras me engreía en las grandes cuestiones del ser, el devenir y el tiempo, lo finito y lo infinito.

No es que mi afición por esas cuestiones no fuera auténtica, lo era en grado sumo, pero ¿por qué mantener a raya esa zona de penumbra donde podían estar las claves de lo que buscaba?

Es un hecho. La guardia era más fuerte hacia adentro que hacia afuera. ¿homo et sibi lupus? ¿Existe el terror de ser devorado desde adentro por potencias incalculables, desmesuradas, ingobernables, de inquieta latencia en la tiniebla interior, o que pueden entrar a través de ella? ¿Había estado yo protegiendo una pequeña isla de cordura y calmada racionalidad donde pudiera construir en seguridad mis estructuras teóricas?

Cuando yo reflexiono no me sitúo en el mundo luminoso de las cosas mediatas, pero tampoco me sitúo –debo admitirlo- en mi propia tiniebla, sino que construyo un ámbito de extraña luz onírica. El fondo de mi mirada es tiniebla -lo reconozco- pero frente a ella hay un universo de pálida fosforescencia, siempre en construcción y destrucción parciales cuya materia es el pensamiento. Yo había puesto mi confianza, mi seguridad, mi esperanza y hasta mi orgullo en ese pálido universo al borde de la noche y combatiéndola, pero he aquí que una divinidad tenebrosa había irrumpido en él como un toro bravo en un zoológico de cristal.

El pequeño Arquitecto del Universo.

4. El Trece de junio

Trece de junio. De madrugada. Frente a la puerta principal de la iglesia. Esperando la llegada de la cofradía. Y de Aníbal Rey que nos va a guiar, acompañar, explicar. La imagen del Santo en su caseta, sobre las barras de transporte, espera. Un niño en sus brazos espera también.

Un desconocido me ofrece medio vaso de una bebida extraña. No, gracias. Pero después yo mismo le pedí un poco. Por favor. Me dio un vaso casi lleno. No sé medir; me lo tomé todo; fondo blanco. Maravilla, delicia, nota. Cocuy de penca. Bendita bebida. De tus entrañas salió, Virgen Madre.

La multitud se arremolina. Los cohetes estallan con estrépito: llega la cofradía. Va a comenzar la procesión que debe llegar hasta el sitio sagrado donde estuvo la catedral destruida por el terremoto.

Aníbal no llegó. Nos vamos siguiendo al Santo, a los batalleros y al gentío. Aníbal no llegó. Cuando se estaba calzando las alpargatas para venir a nuestro encuentro, ocurrió algo no completamente inesperado, pero sorprendente e insólito. Él se estaba arreglando como todos los años; se preparaba para acompañar a los batalleros. Y, en esa ocasión a nosotros, los buscadores del Santo.

Como siempre, recordaba su vida con el maestro. La disciplina de los ejercicios. Las guardias. Los golpes laterales, verticales y oblicuos. Los quites. Los asaltos horizontales de punzante intención. Los amagos. Los cambios de mano. Las vueltas sobre sí mismo. El garrote tiene dos puntas; pero una es para agarrarlo, la otra es para golpear o punzar y para detener o desviar el garrote enemigo.

Antes de conocer al maestro y ser aceptado como discípulo, ya su padre lo había preparado: desde pequeño le propinaba latigazos súbitos. Él aprendió a esquivarlos después de sufrir dolores, ardores, cicatrices. A los siete años ya no podía su padre sorprenderlo. Y después nadie, ni con vara ni con machete.

El maestro hizo énfasis en los estados de alerta. Continuó y afinó la enseñanza del padre. Era peligroso acercársele desde atrás sin aviso. A propósito de esta alerta continua y la reacción relampagueante, recuerdo un incidente de mi estadía en Viena, Austria. Llegó un médico venezolano de Acarigua y me buscó para que lo ayudara a entenderse con los directores de un postgrado en cirugía ginecológica. Ese médico casi lograba entenderse con los profesores mediante movimientos de las manos y dibujos en la pared, cosa esta última que escandalizó pero produjo simpatía a los galenos austriacos. Ese médico era garrotista. Varias veces sorprendió a los vieneses con los saltos súbitos y veloces que daba para ponerse de frente cuando alguien le hablaba desde atrás. Tenía un garrotico y se paseaba de noche por un parque dominado por adolescentes agresivos (Halbstarker). Yo no osaba ni siquiera acercarme a ese parque. Una vez lo acompañé, sin embargo, confiando en su arte. Los adolescentes agresivos vinieron en plan de guerra; pero su instinto de supervivencia les salvó la vida: se retiraron en silencio.

El maestro de Aníbal le enseñó que el número del universo es el dos; que todas las cosas funcionan en oposición; que el conflicto es natural entre las piedras, los animales, las plantas, los hombres y los astros. Más aún: le enseñó que el propio cuerpo del hombre funciona por conflictos. Y el alma también. Y los pensamientos. Y los afectos. Quien no acepta el conflicto renuncia a la condición humana, y más: renuncia a la existencia. El hombre sensato es un guerrero.

Debe aprender a pelear, pero tratando de conseguir dos cosas: primero, la ayuda del Santo, es decir, de un nivel sobrehumano de consciencia; segundo, combatir convirtiendo la lucha en danza inofensiva al lado del enfrentamiento mortal. El cuatro y tres variantes suyas; un tambor de doble ataque: con las manos y con unos palitos llamados lares; maracas; pandero; canto y baile: lo terrible convertido en belleza sin dejar de ser terrible y peligroso.

El Garrote y la Mascara.